

De la UNED al cielo

Soy Ana Ibáñez Moreno, profesora de la facultad de Filología de la UNED, y entré a formar parte de esta casa el 15 de diciembre de 2009. Mi mejor amiga del pueblo, Edén, acababa de fallecer de un ictus el día 7. Yo estaba aún rota por dentro, no esperaba conocer la muerte tan joven (yo tenía entonces 30 años). Salir de mi tierra era lo que necesitaba, y yo ansiaba conocer otros mundos académicos distintos a donde me había formado, la Universidad de La Rioja. Aunque aquel varapalo me había dejado un poso de miedo a comenzar de nuevo, un cálido recibimiento en la UNED por parte de mis compañeras y compañeros me ayudó a pasar por este cambio. Aún recuerdo el primer día que entré en el despacho que me habían asignado, que hoy en día ya no existe, en la planta menos dos, al lado de la antigua cafetería. Allí estaba mi mesa, junto con las de otras ocho o diez compañeras. Una de ellas, Linda, me dijo “tú eres Ana Ibáñez, ¿verdad? Y eres de Logroño, igual que nuestra compañera, Sandra Peña. ¡Si pareces su hermana! ¿Qué pasa? ¿En Logroño sois todas las mujeres iguales? Me hizo muchísima gracia recibir un comentario tan informal y saleroso nada más llegar. Es cierto que Sandra y yo llevábamos el pelo largo y negro, las dos éramos delgadas, ella algo más alta que yo. Sandra se fue al trabajar a la Universidad de La Rioja, de donde yo venía, al poco de entrar yo en la UNED. Fue curioso, porque nos conocíamos solo de vista. Ella estudiaba el doctorado en la universidad de la Rioja cuando yo aún era estudiante de filología inglesa allí, y la solía ver por los pasillos, con su andar cadente y sus largas piernas. Nunca nos cruzamos palabra, y terminamos encontrándonos en la UNED y entablando una breve amistad. Porque es lo tiene la UNED, allí siempre eres recibida con los brazos abiertos y con un cariño que va más allá de lo académico. Yo entré en el 2009, sin intención de permanecer mucho tiempo, pues soy “culo de mal asiento”, como solían decir de mí en mi tierra. Y, sin embargo, aquí sigo, bien asentada, y espero que así sea por mucho tiempo más, hasta que ya no me queden neuronas. De la UNED al cielo...

Otro bonito recuerdo que tengo es el de la antigua cafetería, con los camareros que tantos años nos atendieron y alegraron nuestros días con su buen humor y su gran simpatía, Bea y Pablo. Siempre había algo que Pablo te contaba o te preguntaba, entre café y café, que servía a toda velocidad. Recuerdo una vez en que yo acababa de regresar de un fin de semana en mi pueblo, Cervera del Río Alhama, sito en la Rioja Baja, y conocido por ser la cuna de la alpargata, entre otras cosas. Allí, además, al ser una zona no muy bien comunicada con el resto de la Rioja, se habla con un lenguaje bastante peculiar. ¡Incluso hay un diccionario publicado sobre el cerverano! Es un diccionario que contiene toda la

gran cantidad de palabras o expresiones que se usan en la Rioja baja, y sobre todo en el área de Cervera. Algunos ejemplos de palabras autóctonas son *quizal* (entrada de un portal), *alguillo* (delgado/a), *pastrijero/a* (alguien a quien le gusta salir y estar en la calle), *chapulco* (desastre, desorden), *penco* (alguien que no se entera de nada), o *eslachá(o)* (alguien que se las da de lo que no es). Además, hay palabras que se usan con sentido distinto al habitual, como por ejemplo *perro/a* (vago), *festejar* (salir con una cita por primera vez), o *amante* (forma cariñosa de llamar a alguien). Así, una forma típica de saludar es, cuando te cruzas con alguien por la calle, decir “¿Qué es de tu vida, amante?”. Pues bien, cuando fui a pedir un café a Pablo, sin pensarlo, le dije “Pablo, *amante*, ponme un café con leche cuando puedas”. Él se dio la vuelta, sorprendido y divertido a la vez, y, con una gran sonrisa de sorna, me respondió con alguna broma que no recuerdo. Entonces le expliqué lo que amante significa en cerverano, y le hizo tanta gracia que se lo contó a Bea, a la que también pareció hacerle mucha gracia, con lo que, a partir de entonces, siempre usaron ese término para dirigirse a mí. Desde entonces, cada vez que iba a pedir algo a la cafetería me recibían con un “¿qué te pongo, amante?”, para sorpresa de todo el que estuviera cerca.

Ana Ibáñez Moreno

